

LA "ATALA" DE CHATEAUBRIAND Y LA "MARÍA" DE ISAACS

Por MARIE-JEAN VINCIGUERRA

Al dar como tema a mi conferencia un estudio comparativo de la "Atala" de Chateaubriand y "La María" de Jorge Isaacs, no se trata, a mi modo de pensar, de establecer cueste lo que cueste una filiación, sino más bien, y esto dentro del marco más amplio de una investigación que adelanto sobre la esencia de la literatura colombiana, de delimitar a través de una influencia la parte del artificio y de lo convencional y la de la originalidad.

¿Es acaso cierto que "La María" no llega a constituir sino una pálida imitación de la "Atala", un "refrito" como se expresan tendenciosamente algunos críticos?

¿La selección de la ficción, los temas, los procedimientos, el estilo de Jorge Isaacs se vieron acaso influidos por Chateaubriand? ¿Trátase de una estricta imitación o de una influencia? ¿Cuál es la calidad de esta última? He ahí las preguntas que nos planteamos dentro de una perspectiva esencial que compromete en gran parte la autenticidad de la cultura colombiana puesto que esta obra está considerada como su más significativo momento.

"Atala", fue publicada en 1801, y "La María" en 1867, es decir, 66 años después. Si una comparación ha sido establecida entre "La María" y la "Atala" de Chateaubriand, se debe esto más a la similitud de las sensibilidades que a un decorado o a un tema.

Como hemos visto, 66 años separan estas dos obras. ¿Querrá esto decir que la Francia de 1801 y la Colombia de 1867 vivían ambas en el mismo registro de sensibilidad? Me permito hacer referencia a un análisis mío que aparecerá en el "Boletín de la Biblioteca Luis-Angel Arango" y en el cual he subrayado la desactualización que caracteriza a la cultura colombiana, cultura en la que por su provincialismo y su aislamiento repercutía en el siglo XIX, desde luego con retraso, el suceso cultural occidental.

Es indiscutible que la influencia del encantador bretón y del "Genio del Cristianismo" en particular se hizo sentir profundamente en América Latina en el siglo XIX.

En realidad, Chateaubriand constituye uno de los más notables resultados literarios de un movimiento que comenzó con la "Nueva Eloísa" de Rousseau (1761), en donde los temas de la pasión, la virtud, del amor por la naturaleza se vieron ya genialmente orquestados.

Esta obra de Rousseau, autor que conoció también la más grande fortuna en América Latina, debía ejercer a su vez una influencia sobre Bernardin de Saint-Pierre y en particular en "Pablo y Virginia".

Como es sabido, se pretendió que esta pequeña novela había también ejercido cierta influencia sobre la obra de Jorge Isaacs. Pertenecen estas obras a toda una corriente literaria, la de la novela moralista romántica francesa (aunque obras extranjeras se adhieren a ella, como el "Werther" de Goethe). "Adolfe" de Benjamín Constant, "Oberman" de Senancour, "Volupté" de Sainte-Beuve, "Le Lys dans la Vallée" de Balzac y "Dominique" de Fromentin constituyen las etapas esenciales de dicha corriente.

Se podrían encontrar indiscutibles similitudes entre esas obras y "La María", en lo concerniente a la sensibilidad, el tono, los conflictos morales, el debate "virtud-pasión", el ambiguo pudor, el clima mórbido, el amor por la naturaleza y la vida rústica. Se ha hablado de una influencia más particular de Chateaubriand, debido en especial a las numerosas alusiones a la "Atala" hechas por el propio Isaacs en "La María" y a que indudablemente la influencia de la "Atala" aparece como la más evidente.

Aún antes de analizar los pasajes en los cuales Isaacs se refiere a Chateaubriand, conviene precisar, una vez más, la afortunada acogida que tuvo en Colombia la obra del escritor francés.

Me contentaré sencillamente con citar a este respecto la adaptación teatral que hizo de ella, hacia el año 1822, el poeta de Cartagena José Fernández Madrid.

Este gusto debía durar largo tiempo puesto que en el capítulo 22, Carlos, al descubrir en la biblioteca de Efraín la obra de Chateaubriand, agrega: "mi prima Hortensia tiene furor por esto".

El catolicismo de la obra, su carácter exótico, el hecho de que constituya una de las primeras obras sobre el Nuevo Mundo, una cierta frescura vecina algunas veces del salvajismo, son aspectos que a pesar del convencionalismo no podrán dejar de agradar a la joven América pionera, primitiva, católica, sensible y enamorada del discurso.

Es así como se hace alusión a Chateaubriand y "Atala" en varios capítulos de "La María", a saber, en los capítulos 12, 13, 22 y 34.

En el capítulo 12 en donde vibra el propio clima de la obra de Chateaubriand, la narración está colocada bajo el signo de un admirable nocturno, es decir, del genio del Encantador. Isaacs cuenta cómo Efraín, reuniendo cada día a su hermana y a María les lee largamente páginas del "Genio del Cristianismo".

El capítulo 13 está consagrado enteramente a la influencia que ejerce dicha lectura sobre los héroes. La imaginación de María se nutre de ella, su fantasía enamorada se colora con la de Atala. En verdad, esta pequeña judía convertida al catolicismo, es sensible a la belleza católica de la obra. María, que ha trascendido un conflicto que conducirá a Atala hasta la muerte y quien en cierta forma vive un amor muy puro y muy católico, no puede dejar de verse conmovida por el drama.

Sin embargo, y esto me parece más esencial, si el conflicto religioso se ve sobrepasado, la sensibilidad permanece idéntica. María se convierte en Atala. Trátase mucho más allí de una profunda influencia, de una ósmosis, que de una armonía entre sensibilidades; mejor aún, el eco de Atala es percibido por Efraín a través de María.

En este sentido, la influencia de la lectura de Atala juega un papel determinante en la definición y la evolución de las sensibilidades de los jóvenes héroes.

La lectura hecha en un cuadro natural, el cual constituye más que un cuadro, un intercambio de correspondencia entre la naturaleza y la heroína, no solo metamorfosea, dentro de la misma inocencia y la misma belleza, a María en Atala, sino también a Efraín en Chactas.

Por último, Atala imprime no solamente la coloración y la vibración íntima del amor de Efraín y María, sino que también anima este amor con un presentimiento, el de la muerte.

Así la influencia es totalmente interior, dinámica y no solamente formal. Puede decirse que constituye uno de los elementos esenciales de la economía y el porvenir de la acción interior.

Desearía analizar uno de los temas más sutilmente tratados por Isaacs, tema al cual ciertos excesos románticos han parecido restar toda profundidad. Me refiero al de la mujer en la naturaleza; más aún, de la Mujer-Naturaleza.

Se ha escrito mucho sobre la importancia y la originalidad de las descripciones de paisajes en "La María". Es muy probable que consti-

tuya esto un excelente acercamiento a la obra que permita captar no solamente sus matices morales sino, inclusive, sus dimensiones filosóficas.

Ya en "La nueva Eloísa" de J. J. Rousseau, el sentimiento de la naturaleza se ligaba al de la pasión como influencia y como correspondencia. Ya se manifestaba genialmente la intuición profunda de un lazo, de un intercambio entre la mujer y la naturaleza.

La naturaleza no constituía solamente un marco (árboles, flores, lago), sino un clima en el cual vive la criatura.

Petrarca ya animaba este marco natural; las brisas primaverales agitaban una cabellera y fecundaban con miríadas de pólenes la extraña espiritualidad de un seno.

En mi concepto, es Botticelli quien ha traducido mejor la poesía de los intercambios íntimos entre la mujer y la naturaleza ("La Primavera"). En "Atala" volvemos a encontrar la misma intuición. "Aquel día el viento lanzó tus cabellos sobre mi cara mientras que te abandonabas en mi seno; creí sentir el ligero roce de los espíritus invisibles".

La mujer amada se ve así situada en un marco natural que, mucho más que un decorado estáticamente bello, que valoriza su belleza, es el lazo de una ósmosis entre el cuerpo, el alma y la atmósfera.

Creo que hay allí uno de los rasgos del genio del romanticismo magníficamente reiterado por Jorge Isaacs.

Me contentaré con citar a Bernardin de Saint-Pierre, quien, en el "Estudio 12 de la Naturaleza", escribe este sorprendente texto: "Los murmullos de los vientos se mezclan con el estremecimiento de la lluvia. Los ruidos melancólicos me lanzan durante la noche en un dulce y profundo sueño. No sé con qué ley física pueden los filósofos relacionar las sensaciones de la melancolía; para mí, considero que son las afecciones más voluptuosas del alma. Proviene ello, a mi entender, del hecho de que la melancolía satisface a la vez a los dos poderes de los cuales estamos formados, el cuerpo y el alma, el sentimiento de nuestra miseria y el de nuestra excelencia".

Este confuso enlace del alma y del cuerpo es la cuerda sobre la cual vibrará el arco de la naturaleza. Y la mujer es precisamente la criatura que posee la sensibilidad más acorde con una naturaleza viviente.

No se puede dejar de pensar en el paganismo cósmico de Ovidio que anima las "Metamorfosis", o también en esa "Primavera" de Botticelli a la cual hacíamos alusión. El cuerpo pesado de tierra oscura se penetra de luz, de brisas; las flores surgen de la boca de Primavera.

Esta relación cósmica de la mujer con el mundo, ya maravillosamente cantada por Petrarca, se convierte en la profundidad y el encanto mismo de "La María".

Quisiera estudiarla en uno de sus más sutiles aspectos, el de la mujer-flor y captar con esta ocasión una influencia cuya discreción no excluye la profundidad. Chactas rinde a la belleza y al pudor de Atala el homenaje de adornos de flores. "Yo cuidaba a mi vez de su apariencia; ahora le colocaba sobre la cabeza una corona de esas malvas azules que encontrábamos en nuestro camino, en cementerios indios abandonados, o ya le hacía collares con granos rojos de azaleas, y luego me ponía a sonreír al contemplar su maravillosa belleza".

Más adelante volvemos a encontrar, bajo la apariencia de creencia, ese lazo misterioso que une por la gracia oscura de la fecundación al alma y la naturaleza: "iba a coger una rosa de magnolia y la depositaba, húmeda por las lágrimas de la mañana, sobre la cabeza de Atala dormida. Esperaba, según la religión de mi país, que el alma de algún niño muerto mientras mamaba, bajaría sobre esta flor en una gota de rocío y que un feliz sueño la transportaría hasta el seno de mi futura esposa".

¿No hay acaso en esta ingenua creencia como la intuición de las ósmosis y transmutaciones secretas que unen el alma al cosmos?

Con la muerte de Atala, se acaba un tema que recorrió el libro: "Atala se encontraba reclinada sobre un césped de 'sensitivas' de montaña; sus pies, su cabeza, sus hombros y una parte de su seno estaban descubiertos; se veía en sus cabellos una flor de magnolia ajada... la misma que había depositado en el lecho de la Virgen para volverla fecunda".

En "La María", las flores juegan un papel aún más sutil, más delicado, más esencial, dando a esta obra su encanto y su dimensión cósmica.

Desde su primera aparición bajo las enredaderas que adornan una ventana, con un clavel en el nacimiento de la trenza, hasta ese féretro en donde "la brisa de la noche, perfumada de rosas y azahares, agitaba las llamas de los cirios", María es una jovencita-flor, viviendo entre las flores, expresándose con su simbolismo y marchitándose con las que ofrecía al hombre que amaba.

Una de sus ocupaciones preferidas, aparte del interés despertado en ella por el pequeño Juan, es la de adornar la mesa, el altar, la alcoba de Efraín, plantando rosales, cogiendo y juntando flores, viviendo para ellas y su ofrenda.

Toda la historia de María es la de un ramo religiosamente, púdicamente brindado a Dios y al amor.

No puedo dejar de pensar en el perfume generoso del ramo de "La Azucena del Valle". En aquellas páginas célebres trataba un joven enamorado "por unos ramos de pintar sus sentimientos"... "ninguna declaración, ninguna prueba de pasión insensata tuvo contagio más

violento que aquellas sinfonías de flores en las cuales mi deseo engañado me hacía desarrollar esfuerzos que Beethoven expresaba con sus notas”.

Claro está que el erotismo es agresivo en la novela de Balzac, pero estimo y, esa es una originalidad de “La María”, que esta obra, mal juzgada como pálida, a pesar de un inmenso pudor, va animada por un erotismo discreto y oriental.

La tentación de Atala la lleva hasta el suicidio, pero en “La María” sin que nada se le quite al pudor, ¡qué análisis tan admirable del deseo en dos adolescentes!

No mencionaré sino dos ejemplos: el primero, que ilustra este erotismo que he definido como oriental, es aquel baño de Efraín en un agua perfumada por las rosas de aquella que las cogió, y el segundo es ese episodio en el que Efraín desea la rosa cuyo tallo ha sido mordido por María.

Así podemos hablar de una correspondencia de temas entre Chateaubriand e Isaacs, más que de una influencia servil.

Puede hacerse esta observación respecto a los paisajes. Claro está que encontramos en “La María”, los nocturnos, la presencia de la luna, los vastos horizontes del Continente Americano, la vegetación lujuriente de las selvas tropicales, cuya descripción hicieron el éxito de “Atala”, desde el célebre prólogo en el que Chateaubriand describe las dos riberas del Meschacebé, hasta aquella tormenta acorde con las pasiones.

Claro, el ritmo de la descripción, la serenidad o la melancolía que la inundan se hallan también en “La María”. Sin embargo, una diferencia capital separa estas evocaciones.

Chateaubriand hace exotismo. Chateaubriand va hasta describir paisajes que jamás ha visto, de donde nace esta impresión de retórica y de fabulación que producen sus descripciones.

En cambio, los paisajes que describe Isaacs son paisajes que le son familiares, con los cuales su sensibilidad está en armonía, maravillosamente. Por su grandeza siempre penetrada de sencillez, estos paisajes comunican una impresión de autenticidad.

No se trata además de “trozos heroicos” con el propósito de atraer la curiosidad o desencadenar la admiración, sino de la misma trama de la novela. El paisaje constituye, desde el alba hasta la puesta del sol, la propia duración en la cual se inscribe la historia de los corazones y de las sensibilidades, el ritmo que mide el huír del tiempo.

Claro está que podríamos hablar de la influencia de los costumbristas que fueron los padrinos y los mecenas de Jorge Isaacs, aquellos costumbristas que él conoció en el grupo del “Mosaico”. De hecho, es este el aporte más genial de Jorge Isaacs; el paisaje no está descrito en sí, sino como lo dice magníficamente Mario Carvajal: “El fenómeno radica en lo que podemos llamar la encarnación misteriosa del paisaje...”

Si alcanzó "La María" una dimensión universal, es precisamente porque a través de una región determinada, el Valle del Cauca, ha sabido traducir el poeta, por intermedio de un paisaje y de una mujer que le queda vinculada de un modo indisoluble, una región del alma humana.

En eso reside todo lo que separa a Isaacs del mago francés Chateaubriand, que no se salvaba del artificio y de la convención sino por los prestigios del estilo.

Aquel éxito de Isaacs, aquella fusión personaje-paisaje en una creación poética, permiten, a mi parecer, poner un término al problema de la existencia de María, tanto como personaje real que como ficticio.

Siempre está descrita María con una extremada preocupación de precisión y de color, y sin embargo parece que se reduzca a una sombra, la de la melancolía, o también a la estela esfumada de su sonrisa.

"Indecisa por un momento, en su sonrisa había tal dulzura y tan amorosa languidez en su mirada que ya había ella desaparecido y aún la veía mi alma".

María no es sino paisaje, es decir fuga y pronto ausencia. En esta novela de progresiva desaparición, el paisaje y el personaje, bajo las luces sin cesar diferentes son la imagen de una realidad muy real, pero provisional. Creo que es en este sentido como hay que comprender lo que para Miguel Antonio Caro no era sino motivo de crítica y que para nosotros es el signo de la originalidad.

"María no es una novela (y si como tal se juzgase sería una mala novela), es un idilio, un sueño de amor, como es idilio en prosa y modelo de todos los demás el 'Pablo y Virginia' del inmortal Bernardin de Saint-Pierre, como es idilio en verso, menos puro y sencillo que aquel, el 'Jocelyn' de Lamartine".

Ciertamente, "La María" es un idilio, pero en el sentido que daba a esta palabra el gran poeta Leopardi, es decir, la evocación de un paisaje que es no solamente estado de ánimo, sino también símbolo del destino humano: un paisaje moral y metafísico.

Todos los críticos están de acuerdo sobre esto. Me bastará con citar a Silvio Villegas, que en su *Imitación de Goethe*, a propósito del Centenario de Isaacs, escribe: "Lo eterno en la obra de Isaacs es el sentimiento del paisaje". Este aspecto moral del paisaje se descubre también en la sutil composición, o el sutil ensanchamiento de las atmósferas interiores, las de la intimidad del hogar, hasta el aire libre y los vastos paisajes. Este claro-oscuro ha sido sentido por Eduardo Guzmán Esponda: "Una época y un paisaje, en ello reside lo mejor de la novela de Isaacs, a la par de la figura humana palpita allí el cuadro, el conjunto, la atmósfera espiritual, el interior doméstico y la atmósfera física de la campiña odorante".

De esta manera hemos visto la originalidad de Isaacs con relación a la de Chateaubriand, en lo que concierne al valor del paisaje. Parece que del mismo modo sucedería con el paisaje social. Ya en "Pablo y Virginia", Bernardin de Saint-Pierre había ensayado "reunir a la belleza de la naturaleza bajo los trópicos, la belleza moral de una pequeña sociedad y de poner en evidencia varias grandes verdades, entre otras esta, que nuestra felicidad consiste en vivir según la naturaleza y la virtud".

Es así como la madre de Virginia, Madame de La Tour, "leía públicamente alguna historia conmovedora del Antiguo y del Nuevo Testamento; se reflexionaba poco sobre estos libros sagrados, pues su teología no era sino sentimientos, como la de la naturaleza, y su moral no era sino acción como la del Evangelio".

Era este uno de los temas preferidos del siglo 18, el de una vida idílica y virtuosa que la civilización no había corrompido todavía. Es la vida patriarcal que es presentada en "Atala" en el Capítulo de "Los Labradores": "aquí reinaba la mezcla más enternecedora de la vida social y de la vida de la naturaleza..." (p. 71).

En cambio en "La María", si la vida patriarcal está pintada de manera sentimental o idílica, inclusive diría paternal, parece que esta sociedad haya realmente existido.

El arte con el cual Isaacs la ha descrito, es ya realista. No nos perdona ningún detalle sobre la vida de los campos, las casas, las culturas y aun las comidas.

No creo, a pesar de todo, que resida aquí la originalidad esencial de la novela. Este tema está por otra parte, ligado al del catolicismo, al cual, diferencia fundamental con Chateaubriand, Isaacs ha quitado este carácter de conflicto que constituía el resorte de "Atala".

Isaacs ha substituído a la fatalidad de la ignorancia en materia de religión, la fatalidad, seguramente romántica, pero en definitiva menos artificial, de la enfermedad y de la muerte.

La cuestión religiosa no crea problemas en "La María".

Quedaría un último punto, donde se puede descubrir una influencia y es el del alma del mestizaje. Atala es una mestiza, hija de un español y de una india. Es su mestizaje lo que da a su religión un aspecto dramático. Parece que sea aquí, en la obra de Chateaubriand, un truco, un artificio, con un fin apologetico.

El mestizaje de María, pequeña judía, criada en Colombia y en la religión católica, me parece mucho más sutil en sus efectos morales y afectivos.

Una de las originalidades de la novela me parece ser precisamente esta sensibilidad mestiza que es tanto la del padre de Efraín como la

de María. Esta sensibilidad que se caracteriza por la inquietud, el fervor, la obstinación.

“La María”, en un cierto sentido, es el Canto de David de una pequeña comunidad judeo-española, que ha encontrado en el Valle del Cauca un clima ideal de vida patriarcal, según el espíritu bíblico. Este mestizaje hace la grandeza de una obra que, como todas las obras maestras, se nutre de diversos aportes culturales, extranjeros, y de sus conflictos.

Hemos visto de esta manera que la segura influencia de Chateaubriand, mucho más que una imitación, era un punto de partida para una transmutación original. La sola imitación de Atala estaría más bien, curiosamente, en esta historia de la epopeya dramática de los negros, acabándose por la esclavitud, la historia que narra la vieja negra Felicianita. Encontramos aquí las aventuras míticas, el exotismo fabuloso, estos guerreros negros, ebrios de sangre y de magia. La trama y la intriga siendo los mismos, la historia es apenas traspuesta: un prisionero de una tribu enemiga, querido por la hija del jefe, la cual ha sido convertida por un buen misionero...

Este relato que da una dimensión mítica, agregando poesía a la descripción por el sueño nostálgico de los negros, no parece ser sino la repetición de la historia de Chactas y de Atala. En realidad, otra vez aquí, no se trata de ficción artificial como en Chateaubriand, sino de verdadera poesía, oponiéndose las duras labores de los esclavos y bogas negros a esta leyenda, nutrida de las nostalgias de la tierra africana.

El tema de la “negritud” y del mestizaje cultural negro-español existe ya en “La María” con los “negro-spirituales” y los cantos de bogas.

Al finalizar este estudio, hemos devuelto a Jorge Isaacs lo que le pertenecía, sin por ello haber negado una influencia y un acuerdo, el acuerdo de dos sensibilidades melancólicas y de dos estilos prestigiosos. Pero no diremos nunca, cuánto, a diferencia de “Atala” y a pesar de un cierto carácter arcaico, en la descripción de una época pasada, “La María” trasciende el tiempo y continúa conmoviendo nuestras generaciones actuales.

(MARIE-JEAN VINCIGUERRA es el Consejero Cultural de la Embajada de Francia, Bogotá).